

## PINCELADAS DE BASCONIA



### EL «BERSOLARI»

Vaso tras vaso, en medio de una aglomeración de gentes alegres, iba consumiéndose la gran cuba de sidra que acababan de abrir, y la mejor que se expendía por aquellos contornos, al decir del casero que había derrochado todos sus entusiasmos y todas sus energías en su elaboración. *¡Sagardo ederra, jaunak!* decían los que de la capital habían llegado con el exclusivo objeto de hacer una *salcha* con pretensiones de cena, rociada por tan excelente sidra.

¿Dónde ó en qué periódico se ha anunciado esta sidra? decía uno de los excursionistas; es magnífica! De un grupo cercano salió una voz que contestó á la de la primera pregunta:—A la buena sidra como esta no le hace falta anuncio alguno.—Verdaderamente que pocas veces he bebido una sidra tan rica y de tan buen color; cuidado que está bien elaborada; ¡venga otro vaso! ¡otro más! ¡y otro!, así se expresaban los de la merienda; para ellos no existían en el mundo ni buenos vinos, ni licores de marcas conocidas, ni champagnes, ni ninguna otra bebida más que la sidra, siendo de su gusto. Josepa-Antoni, que era la joven rubia hija de los colonos del caserío, servía vasos y más vasos; la aglomeración de gente cada vez era mayor, así como la llegada de buen número de carruajes conductores de respetable afluencia de *zizarritas*. Aquel pueblecillo había tomado el aspecto de un día extraordinario, ya de su Santo Patrón, ya de otra festividad cualquiera; á tan gran número había llegado la concurrencia conocedora de la existencia de una bebida tan apetitosa y tan bascongada.

En uno de esos momentos en que el solaz y esparcimiento entre

la juventud vasca era de los más alegres, pues tanto se bailaba ligeramente, como se jugaba á los juegos euskaros, como se merendaba sobre rústicas mesas y bancos, como se lanzaban gritos de expansión, como se corría en uno y otro sentido, acertó á pasar por la multitud en dirección á una próxima casa donde yacía enfermo un anciano de los que también en sus buenos tiempos fué de los más consecuentes en los caseríos donde abundaba la buena sidra, el simpático párroco que era muy amado y conocido por los de la capital, á causa de haber estado de coadjutor en una de sus parroquias durante algún tiempo. A su paso fué recibido con verdaderas muestras de cariño. Como durante su ministerio en la capital se había captado toda clase de simpatías, tanto por su sencillez y amabilidad en el trato, como por las prendas de verdadera santidad que orlaban su fisonomía moral, rara era la persona conocida que dejaba, no tan sólo de saludarle con reverencia, sino de ofrecerle cuanto en aquel momento tuvieran de sus meriendas. De tal manera se empeñaron muchos de ellos, que el amable párroco accedió muy agradecido á aquellos deseos de almas tan generosas. Entre un grupo de jóvenes á quienes durante su estancia en la capital concedió varios favores, fué conducido al pórtico, especie de umbral del caserío, en donde bebió un baso de aquella sidra tan rica, más enriquecida todavía por los corazones nobles que se la ofrecieron. Así se consiguió que también el párroco compartiera de la alegría que reinaba entre tantos que habían sido sus antiguos feligreses y cuyas voluntades de tal manera cautivó. ¿Cómo iba á faltar la alegría? ¿Cómo aquellos ratos no iban á ser ratos de solaz y gloria para todos, tanto del pueblo como de la montaña y de la capital? El párroco marchó: era un Domingo de Pascua de Resurrección; la tarde deliciosa convidaba á deleitarse en un paseo por la campiña de vigorosa vegetación; las aves cantaban; balaba humildemente la oveja; mugía de cuando en cuando el buey; ladraban los perros atados á las puertas de los caseríos, en cuyos alrededores gritaban los niños y mozos en diversiones inocentes; las fuentes de los arroyuelos dejaban escuchar el cántico de resurrección y de vida con sus rumores que hacían como el adios al penumbroso invierno; las claras aguas del paisaje basco cruzaban ya por entre una pradera, ya se escondían al surgir de un montículo cuyo verde se dibujaba entre tan hermosa vegetación; las violetas saludaban á las amapolas; éstas se mostraban más bellas; el oxígeno

que tragábamos me parecía más penetrante, y la naturaleza más encantadora, más alegre, más espléndida.

Aquel día de Pascua parecía querer entonar con tanta maravilla el continuo *aleluya aleluya* que en sus cánticos de Resurrección pregona la Iglesia. Pero si la naturaleza presentábase alegre, la humanidad no lo parecía menos, pues por todas las aldeas y pueblos abundaban las diversiones. Entre los excursionistas, que entre conversaciones y juegos dejaban se deslizara la tarde, se distinguía un joven que gozaba de gran fama en casi toda la región por sus improvisaciones y epigramas que hacían reunir en torno suyo, muchas veces, gran parte de todo un pueblecillo. Aquella tarde, atraído por la noticia de la buena sidra, acudió á beber unos cuantos vasos. Era un bersolari joven; de los mas jóvenes y más sagaces que merodeaban por la provincia de Guipúzcoa. Él componía admirables versos, improvisaba epigramas en esos *tiroteos* tan frecuentes entre los bersolaris. *José-Martiñ*, que así se llamaba, era un mocetón simpático, más bien delgado, de nariz fina, ojos vivísimos y semblante reflejo de una feliz existencia; pasaba entre los veteranos en esas lides como el mejor y más intencionado bersolari; nadie ó muy pocos se atrevían á contender con él; cuantas veces luchaba con alguno otras tantas victorias alcanzaba sobre su enemigo. Hasta tal punto enardecía los ánimos de los que le escuchaban que verificándose un día una original apuesta entre él y otro bersolari sobre quién alcanzaba en su favor mayor número de prosélitos, apenas su contrincante se llevó parte alguna después de los famosísimos versos que se cruzaron entre ambos combatientes, pues todos, hombres y mujeres clamaban: *bejuandaikala Jose-Martiñ!* y le aplaudían con fuertes palmadas entusiasmados de su sagacidad, de su espíritu lince y filosofía parda.

Sin embargo, entre la gente vieja, entre los veteranos que ya se encontraban cansados, y hartos de tomar parte en estas lides de bersolaris había un viejo, bersolari hasta la médula de los huesos y de los que no sólo ponderaba sus buenos tiempos antiguos como los únicos y más felices, y hasta más abundantes en mejores bersolaris, sino que de ninguna manera quería reconocer el mérito de los modernos. Para él nada de bueno podían decir las generaciones nuevas de bersolaris; la inauguración de nuevos ferrocarriles, de nuevos tranvías y de nuevos adelantos en las industrias, las consideraba el anciano poeta como la esterilidad de la raza de las montañas; la pobreza de las inteligencias

jóvenes y la pérdida del amor á las costumbres que para ellos eran sus vidas.

Por eso, *Pello*, que era el viejo, no podia ver con buenos ojos la fama que iba adquiriendo Jose-Martiñ y siempre deseaba encontrarse con este último para medir sus fuerzas en honroso desafío. Nunca se habían visto cara á cara. Pello recibía con desaires los entusiasmos que Jose-Martiñ levantaba entre las muchedumbres y en lucha con otros jóvenes; Jose-Martiñ á su vez soltaba risotadas irónicas envueltas en aires despreciativos cuando se le anunciaba los deseos de Pello, de encontrarse frente á frente. Los dos estaban ya desafiados. Era seguro un juego de floretes con las más duras condiciones en el próximo encuentro, fuera cualquiera el campo en que se encontrasen. Aquella tarde, mientras el joven Jose-Martiñ apuraba vasos y más vasos, discurrendo entre infinidad de caseros que se hallaban jugando á los bolos ó brillas, Pello fué avisado á otro pueblecillo cercano en el que también se celebraba una romería, por uno de los *mutilles* que conocía el deseo de encuentro de los dos; no pasó largo tiempo; el *mutill* con sus piernas de galgo llegó al pueblecillo en varios minutos, buscó á Pello que ya empezó á versificar con otro contrincante también joven, aunque no de la fama de Jose-Martiñ, y casi sin ruego alguno hizole dejar aquel careo para avistarse con el otro que era con el que precisamente quería componérselas Pello. Pello con aires de bravucón y como de hombre que ni debe ni teme, gustóle mucho el llamamiento y dejando aquel grupo se dirigió acompañado del *mutill* á la aldea inmediata. Con la blusa recogida en el hombro; la faja negra que ceñía su cintura algo floja como si se le cayera; fumando la blanca pipa cargada de tabaco que hacía *pendant* con las blancas melenas de su cabeza; la *makilla* bajo el brazo y su aire de socarrón, llegó al poco rato á la aldea cercana seguido de crecido número de muchachas y muchachos que también dejaron la romería por oír á Pello.

Jose-Martiñ no conocía á Pello; tampoco éste al anterior; ¿cómo iba á verificarse el asalto? ¿en qué forma había de surgir la acometida? Dudas eran estas que algunos de los *gizones* se encargaron de desvanecer. La presencia de Pello fué, primero, de gran expectación para los caseros que ignoraban su llegada, y segundo, de toque de llamada por esos mismos caseros para Jose-Martiñ. Por indicios y confidencias ya los dos se conocen; ya se han visto á distancia; el uno y el otro están rodeados por sus amigos cual camarillas que traman un plan.

El interés ya ha empezado á ser público entre todos los excursionistas. Los dos protagonistas van acercándose, pero... no es ese el medio más adecuado para cruzarse los aceros. Pello guiado por su astucia de viejo experimentado va á paso largo con dirección á la sidrería; no mira en distintas direcciones sino hacia abajo. Jose-Martiñ mírale con extrañeza; Pello llega al dintel de la puerta, detiéndose un momento, guía la vista en rededor de la plazoleta donde está reunida la gente, distingue á Jose-Martiñ; sus amigos le señalan con el *ese es*; dirígele una mirada penetrante y su contrincante la recibe. El reto está ya lanzado. La mirada de Pello á Jose-Martiñ ha servido de tarjeta de desafío. Sin embargo, los dos famosos bersolaris que en sus intencionados versos iban á lanzar inectivas de buena ley, penetraron y se vieron juntos en el caserío donde se despachaba sidra; y aquellos corazones bascos, almas nobles, de sentimientos valientes, exentos de rencores y odios personales, aunque al poco rato iban á luchar versificando á manera de atletas literarios, se miran, conversan algunas frases y cambiándose de palabras se cruzan los vasos llenos de la fresca bebida, con la misma nobleza que se cruzan los aceros en un encuentro á lo medioeval, y salen juntos hacia la plazoleta donde han de luchar ante la expectación de cientos de personas. Terminan las meriendas, los juegos y bailes euskaros, en cuyo transcurso se nota el espíritu de un pueblo, el movimiento y la alegría distribuida en tanto detalle de la romería euskara, cesa toda la actividad festiva de aquellos campos, en fin, todo se reduce á escuchar las acometidas de los dos colosos de la provincia.

El grupo que se va formando es inmenso. Dos sillas rústicas construidas por el *nagusíya* del caserío se colocan en la plaza. Las dos dispuestas una en frente de la otra, son inmediatamente ocupadas por Pello y Jose-Martiñ teniendo el primero la preferencia. A las acaloradas y animadas conversaciones, á las grandes charlas, al ruido general de gritos, risas, etc., sigue el silencio interrumpido acaso por el pelotazo que suena en el frontón del pueblo donde juegan varios mozos

La expectación es inmensa; los dos colosos están frente. á frente; se miran á ratos; mientras el uno mira á su contrario éste baja su vista. La posición de Pello es gallarda, varonil, apoyando sus manos sobre las rodillas, traquetea el pie derecho contra el suelo; parece que en aquella actitud invita á su contrario á que salga á la arena. Jose-Martiñ con su ladeada boina, sin perder la serenidad, sostiene uno de sus

brazos sobre un palo rústico, dejando el otra como caído detrás de la silla.

Comienza Pello; su voz sonora hace callar todos los siseos de los grupos; su energía interesa sobremanera al contrario; la acometida es terrible; el asalto es de lo más atrevido; después de un himno de paz y de gloria al país basco, recuerda á sus antecesores y reta á Jose-Martiñ que conteste á cuantas preguntas le dirija; la forma irónica de su verso, á la vez que chispeante, hace estallar al auditorio en salvas de aplausos y entusiasmos. Cruza su acero Jose-Martiñ con empuje vigoroso, con ardiente acometida; la fuerza de su juventud acompaña á la fuerza de sus argumentos; va de lleno á dejar fuera de combate á Pello; quiere herirle primero levemente y lo consigue con un epigráma que enardece todos los ánimos; espera después á que conteste su contrario y se fija en el efecto que ha causado en la galería; los partidarios de Pello empiezan á decaer algún tanto; éste hace muecas socarronas; acomete si se quiere con más furia á su contrario, pero no con tanto acierto, parece que la ofuscación le empaña el límpido cristal de su primera lucidez; parece que los botonazos incrustados por el florete de Jose-Martiñ han quedado grabados como con fuego. Sin embargo, se suceden los aplausos de sus incondicionales amigos por no decir obligatorios. Desde luego la lucha sigue más ventajosa para Jose-Martiñ, y los partidarios de Pello reconocen la superioridad del primero sobre el último; sin embargo todavía no hay más que luchadores; luchadores que con bríos entusiastas se acometen, se gritan, se desprecian acaso, pero ninguno cede; nadie se da por vencido y por lo tanto no hay victorioso. El bersolari joven intenta en un momento dado dejar á su enemigo fuera de la arena con una mortificante y bien urdida improvisación, pero rehecho su contrario, apoyado en su larga experiencia y como veterano en semejantes lides, contesta á Jose-Martiñ con verdadera maestría. Este momento, que fué el más interesante de aquel continuado torneo, le valió á Pello una delirante ovación por parte de todos, aunque el combate en general lo iba aventajando Jose-Martiñ. Había ansiedad por parte de los espectadores. Cuanto más tiempo transcurría, cuanto mayor era el número de versos que se dirigían nutridos de intencionadas frases, mucho mayor era el deseo de conocer el final de aquel famosísimo desafío. En uno de los momentos en que Pello se mostraba algo desanimado, acertó á presentarse en el emocionante corro el *alkate-jauna* (alcalde del pueblo); de-

túvose por unos instantes, subyugado por las hermosas entonaciones que lanzaban á los aires aquellos *gizones*; Pello, apercibido de que el alcalde presenciaba la lucha y no queriendo que éste le tuviera en peor concepto como bersolari que á su contrincante, preparó un hermoso himno á su gestión en el pueblo y lo entonó con acento entusiasta; continuaba Jose-Martiñ disparándole proyectiles de grueso calibre, tantos más cuanto más pronunciada veía en su contrincante la aversión y el miedo, pues Pello ya iba declarándose en honrosa retirada; sus últimos versos no se dirigían ya al joven, al que tan en poco le tenía el día anterior, sino que todo el final era para el alcalde, en quien sin duda declinaba Pello su disimulada retirada. Así continuaron durante largo rato en el que improvisaron hermosísimas estrofas cuya inspiración era digna de que la habilidad de un taquígrafo la pusiera en legibles caracteres.

Cuando el día terminaba dando un ¡adios! sentimental y perezoso como si sus postreros rayos fueran la postrera mirada misteriosa á los negros colores de la noche; cuando los valles profundos que adornan tan deliciosamente el paisaje basco, hacen de él un panorama inimitable en silenciosa majestuosidad, admirada solamente por los cielos; cuando la suave melancolía de que impregnan el alma esas montañas bascas, mantiene una especie de meditada plegaria con las estrellas que, á manera de azuladas vírgenes, surgen entre vaporosas nubes; cuando todos estos cuadros se sucedían en aquel preciosísimo caer de la tarde, entonces terminaron de dirigirse los ingeniosos bersolaris aquellos epigramas llenos de donaire y causticidad que por varias horas cautivaron la atención de numeroso público.

Todos volvieron á sus caseríos y poblaciones por esas carreteras guipuzcoanas que parece entonan á su paso un himno á nuestras Diputaciones; por entre esas montañas que quisieran repetir en sonoras melodías las inspiraciones de Vilinch y los cánticos de Iparraguirre; bañados por ese éter que convida á continuas églogas y eternos idilios, y fascinados por esos cuadros que ofrece la naturaleza en el país basco, llenos de transparencia y verdor, de relieve y armonía incomparables.

\*  
\* \*

Y ¿quién es el *bersolari*? ¿Creéis que literalmente interesa su fi-

gura? ¿Creéis que su cultura exceda á la de tantos y tantos poetas cuyos nombres surgen á diario en la estampa de los rotativos? ¿Creéis que su personalidad no representa fielmente la expresión pura del país euskaldun? Ah!... No vayais á figuraros que haya leído las páginas impregnadas de melodía celeste de un Lamartine, ni los retóricos renglones de Víctor Hugo, ni las patéticas estrofas de Alfredo de Musset, ni los pensamientos de Alfredo de Vigny, ni á D'Annunzio, ni á Leopardi, ni á Heine, ni á Zorrilla, ni Campoamor, ni tantos otros modelos y autores, cuyas obras figuran en las bibliotecas para ser el estudio de las sucesivas generaciones. No, el *bersolari* es espontáneo. hasta inculto, si queréis, en cuanto al estudio de las letras; con toda seguridad que ninguno de esos bardos que en nuestras romerías hacen gala de su inspiración poética, conoce ni siquiera de oídas á los autores citados, pero ¿no os fijais alguna vez en su fisonomía llena de interés? Aquella mirada á su adversario; aquella postura gallarda; aquella voz grave, sonora, acompasada; todo ello cautiva á los espíritus estudiosos, observadores. Allí, como dice el nunca bastante llorado basco D. José Manterola en su primer tomo del *Cancionero basco* «es preciso suponer en esos hombres, además de su inspiración poética, una exquisita sensibilidad, un gran sentido práctico y cierta educación espontánea é ingénita». Pero no es solo eso sino que el *bersolari*, indudablemente, domina de un modo pasmoso la hermosísima y armoniosa lengua de Aitor, gloria de la raza euskara, mantiene un ingenio sagaz en alto grado, capaz de escudriñar hasta los sentimientos más íntimos del corazón; su cultura no pasa de los actos que observa á diario en la vida real, lo cual hace que su mérito sea todavía muchísimo mayor; discurren y discuten con verdadera lógica; sus originales pensamientos despiertan el interés del auditorio mayormente si éste es ilustrado; pero lo que más vale de todo es que en sus polémicas é improvisaciones, nunca se escuchan palabras mal sonantes, frases irrespetuosas á las autoridades, ni doctrinas contrarias á la moral y buenas costumbres.

Antiguamente verificábanse en Guipúzcoa con bastante frecuencia certámenes ante un jurado especial, y cruzándose onzas de oro por ambas partes, siendo tan hermosas sus composiciones que algunas de ellas figuran en la colección de nuestras canciones bascas.

Es indudable que como primer trovador y bardo inspiradísimo hemos tenido á Iparraguirre, pues era tal su facilidad para improvisar,

tan gallarda su apostura, tan elegante su acción y tan hermosa su voz de barítono, que cuando se disponía á cantar al son de la famosa guitarra, enardecía los corazones del numeroso auditorio; él es también el primer poeta de nuestras montañas, el cantor amoroso de nuestras libertades. Tras él se han sucedido infinidad de bersolaris que han sido escuchados con entusiasmo en nuestras romerías, aunque ninguno tan admirable ni inspirado. Zabala, Fernando Amezketarra, Chabalotegui, Sanpelaar, Oloki, Ubarregui, etc., sin citar los actuales, son los que más se han distinguido entre tantos que han hecho gala de su mayor ó menor facilidad en improvisar versos. Yo creo que en la juventud han de aparecer bersolaris de imaginación é ingenio mas fecundos todavía y cantarán, cual incomparables bardos, los timbres de gloria que tanto enaltecen á nuestro país.

Si la lengua es manifestación sublime y elocuente del alma inmortal que Dios nos ha dado; si ella es como un canto sonoro, melodioso, cuyos sonidos se difunden por la bóveda de toda una humanidad; si ella perpatúa durante siglos y siglos á toda una raza en su más intenso vigor y lozanía; si se considera como signo instintivo de la raza, no lo dudeis que el bersolari es el propagador constante y celoso de la lengua basca, es el heraldo de la raza típica y primitiva; es el que con mayor éxito imprime á las manifestaciones alegres el carácter singular y único del basco.

Y si la lengua euskara se conserva todavía como monumento venerable á través de tan largos siglos y en lucha continua con tantos y tan implacables enemigos, es evidente que la raza continúa aún en un estado de vigor relativo, sosteniendo su mas saliente personalidad el *bersolari*, el *tamborilero*, el *nekazari* de nuestros caseríos y el *arrantzale*, elementos de conservación, cuyas costumbres y prácticas son las más características de nuestra raza.

Quiera Dios siga en aumento este amor al espíritu de nuestro pueblo, porque el día que esto faltara sería el día de sus funerales.

Líbrenos Dios de asistir a ellos.

ADRIÁN DE LOYARTE.

